



© ELOI BONJOCH

ELISEU CLIMENT: EL CREADOR DE UN IMPERIO CULTURAL

PERE MARTÍ

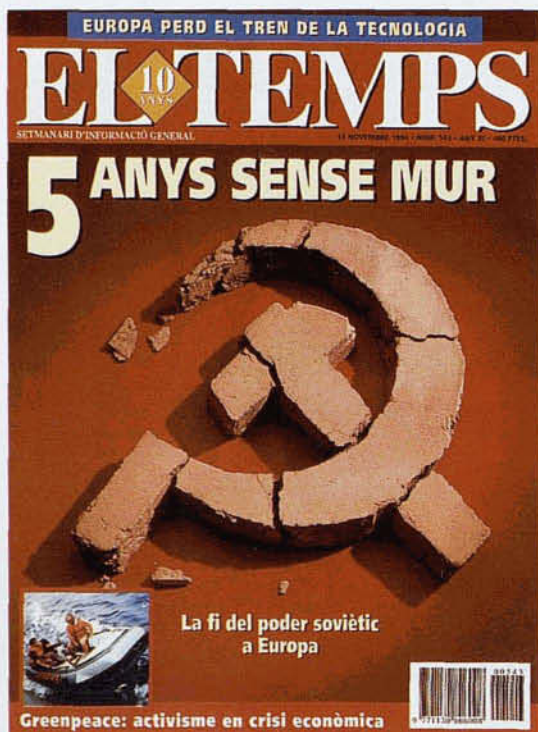
Quienes lo conocen dicen que es como un ministro sin cartera o como un presidente del gobierno en la sombra. No tiene ni ha tenido nunca ningún cargo político. No es, tampoco, un empresario poderoso económicamente. Pero, en el País Valencià, políticos y empresarios lo admiran y lo respetan. Su poder lo ha construido defendiendo su cultura. Este hombre nacido en Llombay, en la Ribera Alta, decidió siendo muy joven, hace ahora cuarenta años, que su país necesitaba un empujón y, desde que puso manos a la obra, todavía no se ha detenido. Su rostro mediterráneo y su talante seductor, afable y diplomático esconden a

un activista implacable, capaz de doblegar las voluntades más inamovibles. Contribuyó, desde Valencia, a la caída de la dictadura del general Franco, esquivó las bombas que los restos de un totalitarismo que no quería morir le pusieron en la puerta de casa, y ha trampeado con habilidad las inercias centralistas de la España democrática. Todo con un solo objetivo: hacer que la cultura catalana, la propia de su tierra, se normalice y, por consiguiente, llegue a ser mayoritaria entre sus conciudadanos. Es el hombre de los Países Catalanes que más veces ha recorrido la distancia, a menudo excesiva, que hay entre Barcelona y Valencia. Su éxito ha

sido hacer del combate cultural una empresa rentable y viable. No resiste, construye. Muchos preferirían que no hubiera nacido.

—Cada año se celebra en Valencia la entrega de los Premios Octubre, un acontecimiento que concentra buena parte del mundo cultural catalán: escritores, poetas, músicos, estudiosos de la lengua, historiadores, etc. ¿Valencia se convierte, durante siete días, en la capital de la cultura catalana?

Valencia es, durante esos días, la capital de la cultura catalana, pero no sólo eso. Los Premios Octubre también contemplan una apertura internacional,



como ha demostrado, este año, el simposio de comunicación, en el que han participado representantes de Time, Panorama y The European, por ejemplo. También han estado presentes estudiosos internacionales en el simposio que hemos hecho sobre la familia Borja. Esto nos permite afirmar que no sólo somos, durante una semana, la capital de la cultura catalana, sino que una semana como ésta, con tres simposios simultáneos, sobre medios de masa, sobre la familia Borja y sobre la relación entre literatura y cine, con cientos de personas asistentes, no la tienen muchas más ciudades europeas.

—Más allá de esta semana concreta, ¿cuál es el papel que desempeña Valencia en el marco del área cultural catalana?

Valencia, en relación con el mundo cultural catalán, ejerció una capitalidad indiscutida en la edad media y en el renacimiento. Este papel, hoy, en el siglo XX, lo ejerce, sin lugar a dudas, Barcelona. Lo que queríamos, y lo que estamos intentando ahora, es que Valencia juegue un papel más decisivo que el que ha tenido en las últimas décadas. Con un millón de habitantes, de Valencia, hoy, puede salir la heterodoxia, porque vive y

crea en unas coordenadas más inestables que las de Barcelona.

—En esta relación entre ambas ciudades, ¿Barcelona desempeña un papel más institucional y, en cambio, Valencia apuesta por arriesgar más en la creatividad?

Probablemente, también porque el nacionalismo cultural, en el Principado de Cataluña, está más institucionalizado y aquí es más de resistencia contra buena parte del entramado administrativo e hijo de la crítica de los años 60. La cultura catalana, en Valencia, vive en un esquema de "ainstitucionalidad" que le permite una creación más libre.

—¿Cuáles son las principales aportaciones del País Valenciano a la cultura catalana?

En primer lugar, las surgidas en la edad media. Ahora, por ejemplo, está a punto de salir un estudio, pagado por el gobierno australiano, sobre los ciento diez poemas de Ausias March. Ausias March es un personaje que influye seriamente sobre la poesía inglesa. Es, por consiguiente, un personaje de primera magnitud. Otra gran aportación de esta época es el Tirant lo Blanc, un libro de caballerías que hoy encontramos traducido a 14 len-

guas distintas. El segundo bloque de aportaciones se produce en los años sesenta. Escritores, ensayistas y cantautores retoman la cultura catalana en Valencia, con el final de la dictadura del general Franco. De este grupo surgen intelectuales como Joan Fuster, grandes poetas como Vicent Andrés Estellés, escultores como Andreu Alfaro, cantantes como Raimon.

—¿Entre Valencia y Barcelona, hay diálogo cultural o hay una distancia importante?

Ha habido una distancia que ha durado siglos. Desde la unificación de España con el matrimonio de Fernando e Isabel, que unificó la corona catalano-aragonesa con la corona de Castilla, hay una separación. La corte real que había en el área catalana se traslada a Madrid y en Cataluña, Valencia, Aragón y Baleares se instalan unos virreyes. Estos virreinos crean nuevas zonas de poder separadas, que contribuyen a alejar, cada día más, las regiones de habla catalana. Este alejamiento, iniciado en el siglo XVI, empieza a romperse a partir del siglo XIX, cuando los nuevos movimientos literarios y culturales vuelven a abrir vías de contacto y de convergencia. El proceso de recuperación del espacio cul-



© ELOI BONJOCH

tural tiene su momento máximo a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, aún bajo la dictadura de Franco. En aquellos años, todo el mundo literario, artístico y creativo valenciano se articula fuertemente con el Principado de Cataluña y vuelve a ser hegemónico, en gran parte gracias a la reacción contra la dictadura. En los años ochenta, entramos en un segundo estadio, que es la reconstrucción del espacio comunicativo común y, finalmente, en los noventa, estamos ya en un estado de entendimiento político entre los tres gobiernos autonómicos que forman los Países Catalanes. Por consiguiente, en cuanto a la articulación del país, hemos cubierto las principales fases: la cultural y la comunicativa. Aquí, en el País Valenciano, tenemos una televisión y una radio públicas de la administración autonómica —Canal 9 ràdio y TVV— que se captan en el Principado de Cataluña y en las islas Baleares, y reciprocamente, la televisión y la radio públicas del Principado de Cataluña se reciben en el País Valenciano y en las Islas. De esta manera, hemos reconstruido el país contruyendo un espacio de comunicación. Obviamente, toda nación es un espacio de comunicación. La entente política ha sido más lenta, pero hoy ya existe una coordinación estable, a nivel institucional, entre los tres gobiernos autonómicos, y buena

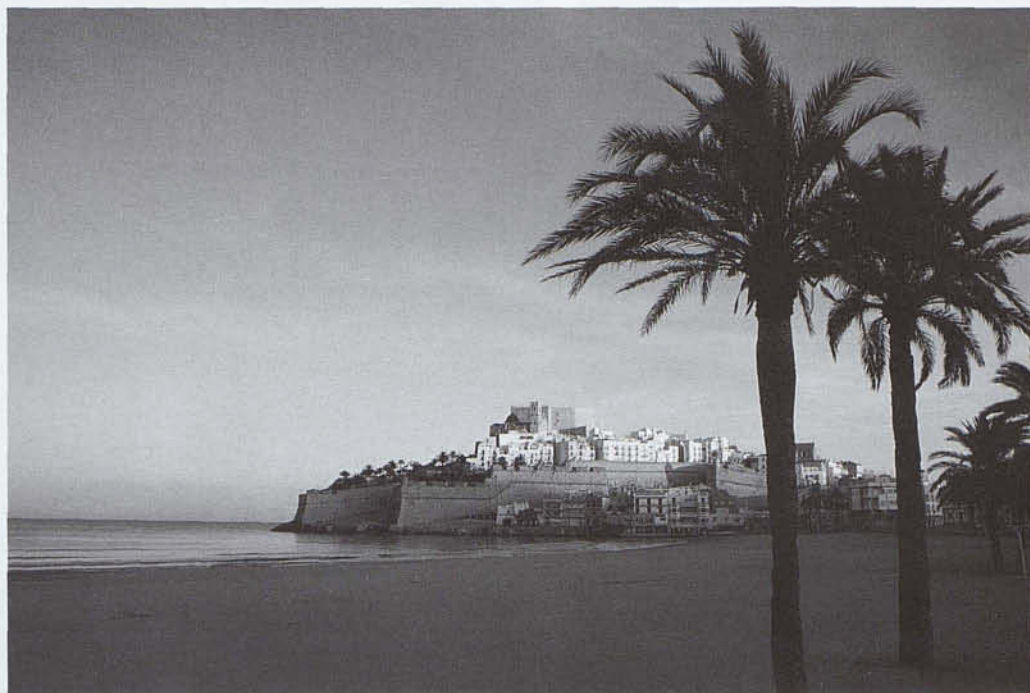
parte de los partidos políticos parlamentarios que no son de ámbito estatal lo son, o se coordinan, en el ámbito de los Países Catalanes.

—La euforia cultural de finales del franquismo comportó formulaciones políticas que tenían muy presentes los Países Catalanes como ámbito político. Pocos años después, la transición democrática hizo que muchos partidos suavizaran este planteamiento, en favor de opciones más estatistas, contemplando de forma prioritaria el ámbito español. ¿Por qué sucedió?

Visto con perspectiva histórica, queda muy claro que el caso valenciano es decisivo por dos motivos. Lo es, en primer lugar, para la articulación del área catalana: sin Valencia, el área catalana no es lo bastante fuerte por sí misma. Y en segundo lugar, el hecho de que la zona valenciana apostara, mayoritariamente, por el área de los Países Catalanes, suponía un grave problema de geopolítica para el poder español. Cataluña sola no es lo bastante grande para cambiar la forma de estado. En cambio, Cataluña, el País Valenciano y las Islas juntos, no sólo son el polo de dinamismo más importante del Estado, sino una área que puede llegar a hablar de tú a tú con el Estado español. El Estado español, en plena transición hacia la democracia, no

podía tolerarlo. Las fuerzas democráticas y las fuerzas residuales del franquismo pactaron que la Constitución Española de 1978 prohibiera, en uno de sus artículos, la federación de las comunidades autónomas en que se organizaba, a partir de aquel momento, la España democrática. Este artículo, naturalmente, estaba pensado para las tres comunidades autónomas de cultura catalana, para frenar su articulación política. A pesar de las protestas de diversos sectores políticos y cívicos, esto se llevó adelante porque estaba pactado previamente, para no romper la estructura unitaria del Estado español.

—Aquí, en el País Valenciano, hay sectores políticos que niegan la identidad cultural catalana, la rechazan y hablan de la existencia de una identidad valenciana propia, supuestamente diferente a la catalana. ¿Es una postura defendible? En el País Valenciano sucede como en cualquier área cultural que ha estado oprimida durante mucho tiempo. Evidentemente, hay algunos sectores —que no son los sectores universitarios, que no son los sectores intelectuales, que no son los sectores profesionales—, situados exclusivamente en la ciudad de Valencia, que, por cuestiones de manipulación histórica, piensan que su cultura no tiene nada que ver con la cultura catalana. Es



PENÍSCOLA

© ELOI BONJOCH

algo que se fomentó mucho durante la transición, pero yo diría que ahora está en plena decadencia y prácticamente extinguido. Los últimos intentos que ha habido de resucitar el fenómeno han quedado ridiculizados.

—A pesar de ser débil actualmente, este sector de la sociedad valenciana contrario a la cultura catalana llegó a manifestarse violentamente, especialmente en los comienzos de la transición, poco después de la muerte del general Franco. Usted mismo ha sufrido, en alguna ocasión, esta violencia.

Sí. Efectivamente, empezada la transición democrática, la cuestión de los Países Catalanes era una de las cuestiones que el Estado creía que había que cortar y se empleó todo tipo de métodos para lograrlo: desde toda la prensa, todavía franquista en aquel momento, hasta la acción violenta, practicada por grupos fascistas. El objetivo era aterrorizar todo el mundo cultural e intelectual valenciano. Fueron años en los que estos grupos fascistas emplearon la violencia física contra personas y cosas. Asesinaron a un activista democrático de Alicante, Miguel Grau, intentaron asesinar a nuestro intelectual más destacado, Joan Fuster, poniéndole bombas en su casa. También atentaron contra uno de nuestros padres de la patria, el catedrático Manuel San-

chis Guarner, y contra el poeta Vicent Andrés Estellés. La librería de mi editorial, Tres i Quatre, también fue objeto de atentado con bomba. Hace menos de un año, también murió asesinado un joven militante catalanista, Guillem Agulló. Pero no han alcanzado, ni alcanzarán, sus objetivos.

—Volviendo al terreno de la cultura, y concretamente a la semana de los Premios Octubre, hemos mencionado que se celebró un simposio sobre la lengua catalana, que reunió a estudiosos procedentes de universidades de todo el mundo. ¿El catalán es una lengua estudiada internacionalmente?

La lengua catalana es un fenómeno único en todo el mundo. Es una lengua que, por razones históricas, no ha tenido un estado que la apoyara pero ha tenido una sociedad civil que la ha apoyado y ha permitido su pervivencia. Es una lengua, en estos momentos, que tiene tres televisiones, cientos de radios y televisiones locales, periódicos, revistas, etc. Es una de las pocas lenguas que, sin estado —y sin ejército— sobrevivirá en el futuro. El problema es que, para sobrevivir, también necesita una proyección internacional. El Estado español tiene el Instituto Cervantes para promover la lengua del Estado en el exterior, pero no incluye nuestra lengua. Por suerte, a tra-

vés de los gobiernos autónomos de Mallorca, Cataluña y Valencia, y sobre todo desde que Andorra —estado independiente donde el catalán es lengua oficial— entrara en la ONU, se ha planteado una política de proyección exterior de la lengua y cultura catalanas. Cada día hay más libros de autores catalanes traducidos a diversas lenguas del mundo, y cada vez más los departamentos de lenguas románicas de las universidades de los cinco continentes tienden a independizar el estudio del catalán. En estos momentos, hay más de 120 departamentos universitarios que enseñan el catalán y se ha hablado de crear, entre el Principado de Cataluña, el País Valenciano, las islas Baleares y Andorra, una institución conjunta que coordine la política de promoción exterior de la cultura catalana.

—En una Europa que se construye en base a los estados, ¿qué futuro tienen las culturas, como la catalana, que no disponen de estado?

La única cultura sin estado que tiene posibilidades de influir seriamente en la Europa comunitaria es la catalana. En realidad, ya se han logrado pequeños avances, como que el catalán sea una lengua reconocida por el Parlamento Europeo. Pero todavía es insuficiente. Es necesario un reconocimiento superior. O



LA ALBUFERA

© ELOI BONJOCH

la Europa que está naciendo reconoce las peculiaridades de cada una de las regiones o naciones, tengan o no estado, o tendríamos que replantearnos nuestro interés por ser europeos. Como estamos seguros de que Europa no quiere seguir ese camino —cabe recordar, en este sentido, la importancia que han adquirido la Asamblea de las Regiones de Europa y el Comité de las Regiones—, estamos convencidos de que la lengua catalana participará en igualdad de condiciones dentro del marco comunitario europeo.

—Hace un instante hablábamos del Instituto Cervantes, que promueve la lengua castellana internacionalmente. ¿El Estado español no promueve, también, el catalán desde alguna instancia?

Al Estado español no le interesa promover internacionalmente la cultura catalana, porque si le interesara ya lo habría hecho. La demostración más palpable es la creación del Instituto Cervantes, que realiza un esfuerzo económico mínimo en favor del catalán, que no se corresponde, ni mucho menos, con nuestro esfuerzo tributario para mantenerlo. El Estado español quiere difundir una imagen internacional unitaria y está cometiendo un fraude a la pluralidad de culturas que viven dentro del Estado.

—Usted, como promotor cultural privado, impulsó la instalación de repetidores de televisión para poder recibir la televisión pública de Cataluña en el País Valenciano. ¿Por qué lo hizo?

Ya he dicho antes que una nación es un espacio de comunicación. Llevando la televisión catalana hasta Alicante y la televisión valenciana hasta los Pirineos, pasando por Mallorca, estamos creando un marco común de referencia, en el que toda la sociedad puede sentirse reflejada.

—El gobierno español puso trabas a esta reciprocidad televisiva y desencadenó una amplia protesta popular en el País Valenciano.

El Estado español intentó aplicar la ley de terceros canales de forma innegociable, impidiendo la reciprocidad televisiva entre TV3 y TVV. Pero topó con la reacción de la gente. Cuando la gente se conoce, la gente se acepta, y cuando la gente se acepta es cuando puede cons-



© ELOI BONJOCH

LA ALBUFERA

truir un proyecto de futuro. Aquí sucedió esto. Aquí vino TV3 cuando todavía no había una televisión autonómica valenciana, la gente conoció Cataluña y, cuando el Estado español quiso cerrar por la fuerza los repetidores de televisión, todos los partidos políticos del País Valenciano, todas las instituciones y toda la sociedad civil protestaron masivamente. La presión fue tan fuerte que el Estado tuvo que dar marcha atrás, de manera que hoy TV3 se sigue viendo en todo el País Valenciano con plena normalidad.

—Ha quedado clara la importancia que usted concede a los medios audiovisuales para mantener y hacer progresar una cultura. Pero usted, como editor que es,

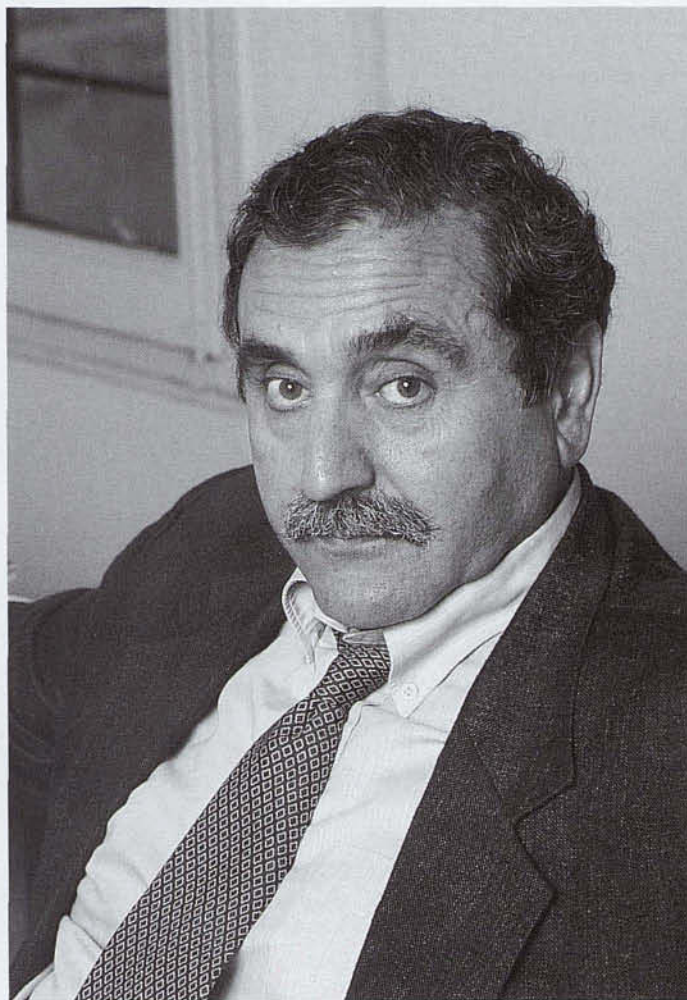
también saca libros al mercado. ¿Tiene futuro la lengua impresa en un mundo cada vez más dominado por la imagen? *Yo soy de los que seguimos pensando que el libro nunca será sustituido por la televisión ni por el mundo “mediático” en general. Al contrario. El libro tendrá que enfrentarse a las nuevas tecnologías pero se mantendrá. Deberá ganar la batalla temática, la batalla estética y, sobre todo, la batalla comercial. Nosotros somos una editorial mediana, tirando a pequeña, que publicamos un libro semanal, pero no vemos que la producción caiga. No sólo vuelve el libro escolar o literario, sino que está volviendo el libro de ensayo, lo que significa que vuelve el pensamiento, el debate y la discusión. El vaticinio de Fukuyama, el final de las*

ideologías, no se está cumpliendo como él preveía.

—¿Es negocio la edición en catalán, que teóricamente se enfrenta a un mercado reducido?

Aquí hay un cuestión interesante a tener en cuenta. La edición media catalana es de 2.500 ejemplares y la edición castellana, con un mercado potencial que va de Madrid a Buenos Aires pasando por Méjico, es de 4.000 ejemplares. La diferencia es muy reducida.

—Desde hace meses, se insiste, desde ámbitos de opinión españoles, en que la lengua castellana corre el peligro de desaparecer de Cataluña. ¿Como ve usted esta polémica?



© ELOI BONJOCH

Aquí, al País Valenciano, como a Cataluña, ha llegado la polémica. Aquí también tenemos las asociaciones de castellano hablantes. Todo esto es una campaña montada sobre una falacia. El castellano no corre ningún peligro de desaparecer y quienes lo dicen o promueven esta campaña, lo que quieren es imponer la lengua castellana todavía más de lo que lo está en este país, y minorizar, por consiguiente, todavía más la lengua catalana. Es una maniobra política fruto de viejas reminiscencias totalitarias, que la España democrática debería haber superado ya.

—Usted edita una revista, tiene una editorial que produce libros, organiza premios literarios, encabeza iniciativas cívicas en defensa de la cultura catalana, edita un semanario de información general. ¿Es un empresario o un activista cultural? *Yo, en todo caso, soy un poco atípico. Soy hijo de los años sesenta, y en aquel momento, para llevar adelante las cosas,*

había que ser un poco atípico. Yo me siento un empresario atípico: soy un empresario a pesar de que no me gusta en absoluto hacer de empresario. Me vi forzado a hacerlo por la situación en que se encontraba esta cultura en los años sesenta. Tenías que dar el salto y estructurarla en forma de empresa, para que la gente pudiera cobrar y pudiera vivir de esta cultura, cosa inimaginable en aquellos momentos. Mi aportación más singular y más interesante, probablemente la única desde el punto de vista valenciano, en una zona donde culturalmente no se pasaba de tertulias y de poesía, fue crear un motor estable para que la cultura pudiera tener una viabilidad económica, publicitaria y desde todos los puntos de vista. Esto es lo que yo hice.

—Usted, que es un optimista personal para impulsar todo lo que ha impulsado, ¿también se siente un optimista, desde el punto de vista nacional, con

respecto a la cultura que defiende y al futuro de esta cultura, a pesar de las dificultades que ha explicado?

Yo soy, como dice un amigo mío, un optimista escéptico. Por edad, por los tiempos que he pasado y por las dificultades que he tenido, me corresponde ser escéptico, pero al mismo tiempo, por los avances que hemos logrado, estoy obligado a ser optimista. ¿El futuro? El futuro es muy complicado predecirlo en una sociedad como la actual: en el mundo "mediático", un año de hoy equivale a 50 de los años anteriores. Pero si el País Valenciano y los Países Catalanes van como van en este momento, y no hay ningún susto ni ninguna ruptura de las estructuras, si continúa la comprensión a nivel del Estado, y la consolidación y sedimentación de nuestras áreas autonómicas, yo creo que el futuro, que no será mañana sino pasado mañana como muy pronto, es un futuro que podemos mirar con cierto optimismo. ■